



EL MUSEO CATÓLICO

PERIODICO RELIGIOSO ILUSTRADO,

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTIFICE.

COLABORADORES.		Colegial (El).	Frontaura (D. Carlos).	Lafora (D. Juan Bautista).	Rodriguez Cortina (D. Federico).	Serrano (D. Gaspar Bono).
Bremón (Ilmo. Sr. D. José María).	Fabraquer (Excmo. Sr. conde de).	Fabruquer (Excmo. Sr. conde de).	Garrido (D. Esteban).	Mendoza de Vives (S. ^a D. ^a María).	Sabando (D. Julian Manuel de).	Silló y Gutierrez (D. Evaristo).
Catalina (Excmo. Sr. D. Severo).	Fernandez Bremón (D. José).	Fernandez Bremón (D. José).	Gonzalez de Tejada (D. José).	Mestre y Marzal (D. Carlos).	San Javier (vizconde de).	Sinués de Marco (S. ^a D. ^a M. del P.).
Cueto (Excmo. Sr. D. L. A. de).	Forteza (D. Guillermo).	Forteza (D. Guillermo).	Hoz y de Liniers (D. V. de la).	Perez Guzman (D. Juan).	Selgas (D. José).	Tamayo y Baus (D. Manuel).
PRINCIPALES ESCRITORES SAGRADOS CUYAS OBRAS HAN DE SER CONSULTADAS Ó REPRODUCIDAS EN EL CURSO DE ESTA PUBLICACION.						
SANTA TERESA DE JESÚS.	BALMES (D. Jaime).	FEIJÓO Y SOTOMAYOR (D. Benito).	GRANADA (Fr. Luis de).	MALLEBRANCHE.	PADRE FELIX (de la C. ^a de Jesús).	
SAN AGUSTIN, ob., dr. y fr.	BAUTAIN (abad).	FENELON (arz. de Cambrai).	GRATRY (abad).	MARIANA (P. Juan de).	POSADA RUBIN DE C. (patriarca).	
SAN BUENAVENTURA, ob. y dr.	BOSSUET (obispo de Meaux).	FLECHIER (ob. de Nimes).	LACORDAIRE (P. J.).	MASCARON (ob. de Agen).	RAVIGNAN (J. Adrian de la Cruz).	
SAN JERÓNIMO dr. y fr.	BOURDALOUE (P. Luis).	FLEURY (abad).	LEON (Fr. Luis de).	MASSILLON (ob. de Clermont).	SCIO DE SAN MIGUEL (D. Felipe).	
SAN IGNACIO DE LOYOLA.	DONOSO CORTES (D. Juan).	FLOREZ (P. Mtro. Enrique).	LISTA (D. Alberto).	MATHIEU (cardenal).	VEUILLOT (D. Luis).	
SAN JUAN CRISÓSTOMO, ob. y dr.	DUPANLOUP (ob. de Orleans).	GALLEGO (D. Juan Nicasio).	MADRIGAL (D. Alonso de).	MONTALEMBERT (conde de).	WISSEMAN (cardenal).	
DIRECTOR: ILMO. SR. D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.						

SUMARIO.

REVISTA DE LA SEMANA, por D. José Pulido y Espinosa.—**Sección biográfica:** EL ABATE MARCHENA, traduccion por doña Angela Grassi (continuacion).—**Varietades:** LA GRAN VERDAD física; ¡Dios! por don José Ribas Perez.—**Sección recreativa:** LAS ÁNIMAS, por D. Carlos Frontaura (continuacion).—**Sección poética:** A LA CRUZ DEL REY D. SANCHE, por el Arcediano de Zamora.—**Miscelánea.**
Grabados: SANTA ANA Y SAN JOAQUIN.—SANTA CRISTINA, VIRGEN Y MARTIR.

REVISTA DE LA SEMANA.

En nuestro número anterior hablamos de as conmovedoras frases de una carta de Monseñor Dupanloup, Obispo de Orleans; pero hoy no podemos menos de consignar en la Revista la postdata especial de este insigne Prelado, cuya elocuencia, valor y energía lo colocan á toda la altura de un Padre de la Iglesia de nuestros tiempos. Gloríese el clero francés en tener un Obispo que tan bien comprende la época en que vive, sabiendo con fé ardiente denunciar los males que oprimen al Sumo Pontífice y la ignominia que puede recaer sobre la Francia si á tiempo no los remedia.

En el escrito de este ilustre Prelado resal-

tan muy bien el catolicismo puro de su espíritu y el ardiente patriotismo de un francés ávido de las glorias de su patria; por lo mismo trasladamos íntegra la siguiente

POSTDATA.

Es duro para un Obispo ver los intereses sagrados de la Religion mezclados á cada instante con las tenebrosas complicaciones de la política; es muy duro verse obligado á pisar este terreno y á rozarse incesantemente con la política, no tratando mas que de servir á la Religion. Péame esta obligacion; sin embargo, la cumpliré hasta el fin.

Que caigan sobre mí la calumnia, la burla y las amenazas; que gentes honradas, cansadas de la lucha, ó que mis adversarios irritados traten de imponerme el silencio; que mi voz se pierda ó que no responda á mis esfuerzos, yo no dejaré de hablar, y hasta mi último momento suplicaré á mi país que conserve su honra y que no haga traicion al Papa.

¿Qué pasa en Italia á la hora presente, y qué es lo que allí va á pasar?

Nada de lo que allí acontece se asemeja á lo que acontece en otras partes. Allí nos encontramos con un gobierno y un pueblo especiales, que proceden de una manera especial, con un lenguaje especial, con mentiras especiales, con armas especiales. Nada puede explicarse allí según las leyes ordinarias de la lógica y del derecho. La razon, como la conciencia, queda confundida. Véase allí el engaño organizado como no se le ha visto jamás; todo lo que pueda imaginarse más

increible y absurdo, todas las insolencias y audacias revolucionarias, impotencia y complicidad gubernamental, es el olvido del honor, la violacion de la fé jurada, el insulto á todo lo que es sagrado entre los hombres, el desprecio á Francia, en fin, he aquí el espectáculo que nos presenta Italia en este instante.

Yo pregunté al Sr. Ratazzi si era un hombre honrado; el Sr. Ratazzi acabó de contestarme.

Yo creí, en mi simplicidad, que el señor Ratazzi no tenia más alternativa que, ó prender á Garibaldi, ó dejarle hacer.

Un tercer partido habia, con el cual no contaba por no estar iniciado en la variedad de papeles que los italianos han inventado y saben representar en el teatro de la política.

Extraño general ese Garibaldi, que toma todos los papeles que quieran darle, y viene á desempeñar cualquiera encargo que se le confia. Avanza ó retrocede como gusta, se esconde, y vuelve á aparecer á la primera señal.

Se le arresta sin arrestarle. Se le encierra en casa, dejándole hablar por la ventana. Se le guarda, pero se le guarda para mejor ocasion. Habia hecho una salida falsa, y debia volver á los bastidores. Habia olvidado que estaba en negociaciones para ir á Roma por medios *morales*. En nombre de esta moral está á la vez libre y cautivo, retenido y en estado de obrar, preso, pero no impedido. Confieso ingenuamente que no habia contado con esto.

Ved aquí, pues, un Gobierno que declara que tiene en Italia «uno»—porque Ratazzi no se atrevió á nombrar á Garibaldi—que se coloca por

cima de las leyes en lugar de los grandes poderes de la nación; que turba la tranquilidad y el crédito del Estado; que dificulta las operaciones rentísticas de que dependen el bienestar y el porvenir del país;» «que viola las estipulaciones internacionales consagradas por el Parlamento y por el honor de la nación.»

Y contra semejante hombre no ha hecho Ratazzi, durante muchos meses, otra cosa que dejarle obrar; y solo después que ese hombre ha organizado todo, que todo lo tiene dispuesto, y sus hombres están con las armas en la mano, Ratazzi principia á pensar en él.

¿Mas cómo? Esta nueva escena es ciertamente extraña: ese infractor declarado de las leyes, detenido como tal, es presentado como triunfador en Alejandría y en Génova. Ratazzi le hace llevar en carretela descubierta por las calles de la ciudad, desde las gradas del Real Palacio arenga al pueblo y al ejército; quien le prende por haber querido invadir los Estados del Papa, le deja decir á los soldados de Víctor Manuel que «venzan á culatazos á los soldados pontificios, y á bayonetazos á los franceses y demás extranjeros que protejan al Papa.»

Pero si vuestra orden de arresto hubiera sido formal, en vez de llevarle de Asinalunga, no se sabe por qué, á Alejandría, para volverlo á llevar á Génova, le habríais conducido simplemente á Liora y embarcado sin ruido para Caprera.

Pero nó; ínterin los demás actores continúan desempeñando su papel, necesitáis que Garibaldi los aliente con sus muecas y palabras.

Antes y después de este irrisorio arresto promovéis *meetings* revolucionarios para propagar la agitación garibaldina, y llenáis todos vuestros periódicos oficiales y oficiosos de gritos de guerra contra Roma. Sin embargo, como todo el mundo lo preveía á través de vuestros 45,000 hombres agolpados en las reducidas fronteras pontificias, pasan las partidas garibaldinas. Y ved aquí lo que dice un periódico italiano, nada sospechoso por cierto, el *Spettatore* de Florencia del 2 de Octubre: «Continúan los enganches garibaldinos. Todo el mundo sabe que por mañana y tarde, bien por el camino de hierro de Orvieto, bien por la carretera de Marcumias, sea por el antiguo camino de Roma, marchan multitud de jóvenes con pasaportes en regla: solo el Gobierno hace como que nada sabe. Todo el mundo conoce la casa donde reside el comité de enganches, donde se da en oro, notadlo bien, porque sabida es la escasez de oro en Italia, cincuenta francos á cada voluntario, con un revolver y cartuchos correspondientes: solo el Gobierno ignora todo esto.»

«¿Cuáles, se pregunta el mismo *Spettatore*, esta comedia? Si el Gobierno quiere ir á Roma, que lo diga; que tenga el valor de su política. Que al menos no dé motivo á los tontos para creer en la espontaneidad de los movimientos que podrán tener lugar en los Estados Pontificios, y á los imbéciles para opinar que el gobierno no es responsable, que no puede dejar de correr.»

Algunos días há me preguntaba yo: Garibaldi y Ratazzi, ¿están en inteligencia? En la misma comedia, ¿Garibaldi representa un papel y Ratazzi otro? Yo debo decir que me humillan tales suposiciones. Ellas me hieren como hombre en mi honor y en mi conciencia; mas todo se explica hoy: las manifestaciones, los meetings, las proclamas, los mensajes, las arengas, los reclutamientos, los armamentos, los pasajes de partidas, todas estas indignidades, en fin, de que están llenos los diarios de esta mañana, han descorrido el velo y declarado toda la comedia.

En verdad, ante espectáculos semejantes se ve uno obligado á decirse á sí propio: ¿Existe en esa

Italia, en que tales cosas acontecen, existe siquiera un hombre honrado en quien se pueda uno fiar?

Ya se han reconciliado con Ratazzi, y se han dado la mano para ir juntos á Roma, el señor Pépoli, famoso negociador de la convención, y el señor Ricasoli, que en una célebre circular tenia la pretensión de no herir al Papa cuando le denunciaba á Europa como una anomalía en la sociedad europea, como un sér en contradicción con toda civilización, y Cialdini, por último, el hombre de Chambery y de Castelfidardo, el hombre de las mentiras y de las emboscadas, que vencedor con 70 000 soldados de un puñado de heróicos jóvenes se vanagloriaba de haber hecho huir á *Lamoricere*, nos acusaba de haber *acuchillado á sus heridos*.

Ese es el Cialdini que Ratazzi acaba de enviar como plenipotenciario á Viena. El *Monitor* francés lo anuncia esta mañana al frente de sus columnas. Desde luego se había pensado en él para mandar los 45,000 hombres agrupados alrededor de los Estados Pontificios, y que quieren invadirlos; pero se ha pensado que se bastaba la hazaña de Castelfidardo, y se ha reservado esta nueva honra al general Lamarmora, en reemplazo á lo que parece del general Nunciante, segunda edición de Liborio Romano.

*Salve magna parens...
Facta viris!*

Al propio tiempo otro astuto firmante del convenio, el señor Nigra, partió á Biarritz á toda prisa en compañía de Rohuer y Lavalette. ¿Qué iba á hacer allí? Lo sé hoy: á pedir al Emperador la revisión del convenio.

¿Revisar el convenio? ¿Y por qué? ¿Para qué? ¿No os basta? Hemos vivido ya algunos años después de convenios hechos, de tratados violados. ¿Pide, pues, nuestro honor uno más?

Existía el tratado de Zurich: ¿qué habeis hecho de él? El tratado de Villafranca. ¿Qué habeis hecho de él? Os habeis burlado de todos esos tratados, concluidos con Francia y suscritos por ella.

Pues bien: es verdad, existe el convenio de Setiembre. Por él han salido nuestros soldados de Roma. Os habeis aprovechado del beneficio, y habeis firmado, contando, decíais, con que el tratado os llevaría á Roma. Hoy ya no le quereis. ¿Por qué? Por una razón, una tan sola.

Habeis contado con una revolución en Roma, y en verdad que yo la temía tanto como vos la esperabais; de tal manera lo habíais dispuesto todo y preparado la mina. Pero la revolución no llega; habeis encontrado allí un pueblo fiel, luego para vos ya no hay nada de lo convenido, y ved por qué hoy juzgais detestable este convenio. Pero al fin allí está como única garantía del honor francés, y hoy se vuelve en contra vuestra y os confunde. Os confunde, porque quebrantado y violado por vos, restituye á Francia toda su libertad de acción.

¿No es notorio que las partidas que perturban en este momento los Estados Pontificios, no están compuestas de romanos? Todo el mundo lo confiesa, incluso los enemigos de la Santa Sede. Ya los 45,000 hombres de Ratazzi hayan dejado pasar amigablemente á los invasores, ya no hayan podido evitarlo, Francia en ambos casos tiene el derecho y el deber de deciros: Si habeis dejado traspasar las fronteras á los garibaldinos, habeis cometido una indignidad y deshecho el tratado, y tendreis que darme cuenta de ello. Si nada habeis visto, sabido ni podido, á mí me corresponde obrar.

En ambos casos, lo que corresponde por dere-

cho y por honor es la confirmación, no la revisión del tratado.

¿Cómo un periódico ministerial, *El Constitutionnel*, que tanto debía mirar por el honor del gobierno, se atreve á escribir hoy que el convenio de 15 de Setiembre «ha tenido por objeto hacer cesar toda intervención en Roma? Si el gobierno italiano lo ejecuta, tiene razón; pero no le viola ó hace violar.»

¿Revisar el convenio! ¿Qué quiere decir esto y qué quereis con ello?

¿Que Francia se cruce de brazos y que monsieur Drouyn de Lhuys nos haya engañado cuando nos dijo, que si Florencia era solo una etapa para Roma, Francia se reservaba su libertad de acción?

Nó, contestais vos, sino simplemente que se llame á la legión de Antibes; sí, simplemente, á fin de que nuestra deshonra llegue á su colmo, á fin de que lo que tan noblemente ha hecho el general Raudan sea un engaño, y la noble carta del general Niel una mentira.

Una mentira, como todas las declaraciones de M. Billault, de M. Rohuer, del Senado y de todo el Cuerpo legislativo.

¿Que se licencie á los zuavos? Ya os comprendo; que se les licencie, á fin de que no os incomoden, y que vuestras partidas no tengan que encontrarse con sus bayonetas.

¿Que se deje, por fin, invadir las provincias pontificias hasta Roma, y que se arroje esta presa á la demagogia?

¿Y qué nos dareis en cambio? Vos guardareis á Roma para el Papa hasta que vayais á Roma á guardar al Papa mismo. He aquí la última palabra.

Llamemos á las cosas por su nombre: revisión del convenio; esto quiere decir abdicación de Francia, abandono del Padre Santo y traición á Su Santidad. Que se entregue á la revolución italiana las provincias pontificias, lo cual sería lo mismo que entregárselo todo: sería lo mismo excepto una mentira.

He aquí con qué objeto habeis acudido hoy á esos procedimientos de agitación y de invasión que tan bien salieron al conde de Cavour; de esta manera es como el Sr. Ratazzi intenta ejercer una presión sobre Francia.

Pero en realidad de verdad, ¿no sería necesario haber perdido hasta el sentido moral y el más vulgar sentimiento del honor, para pretender imponer semejante papel á Francia y semejante ignominia á su gobierno?

Y no basta especular con un engaño tan grosero; pues ciertamente, ¿quién será tan torpe que vaya á caer en él? Quereis ensayar con nosotros la intimidación, y en este momento tengo á la vista los periódicos italianos, de París y de Florencia, que están agitando ante el gobierno francés con pasmoso acuerdo la amenaza de una alianza italo-prusiana.

¿Por quién habeis tomado á nuestro país y á nuestro gobierno?

¿Con qué es decir que se trata de una mercancía, cuyo precio es el Papa!

Yo me entrego á quien me lo entregue, diría Italia; debo á Francia seis victorias, y además la Lombardia, y además Venecia. Pero si Prusia me entrega al Papa, yo me entrego á Prusia, y si Prusia declara la guerra á Francia, me declaro prusiano. Ciertamente que si esto es lo que el señor Nigra ha ido á buscar á Biarritz, ciertamente que nos ha hecho mucho honor.

Pues qué, ¿hemos perdido, por ventura, cien batallas para que de esta manera se venga á regatear nuestra honra, á negociar nuestra infamia?

Nuestra infamia, sí; porque ¿qué otro nombre merecería nuestra complicidad con lo que la Italia revolucionaria está tramando en este momento, y que en el lenguaje de las gentes honradas no tiene más nombre que el de brigandaje, *latrocinium*?

Yo me dirijo á quien quiera que conserve una chispa siquiera de sinceridad y de honor francés en su alma.

Un jefe de beduinos cumple su palabra. Entre los mismos bandidos corsos, entre las mismas tribus salvajes, hallamos el respeto á la fè dada. Pero en Italia, nó.

¿Qué dice ese pacto solemnemente jurado entre Francia é Italia?

Recuérdese el primer artículo: «Italia se compromete, no solo á no atacar el territorio pontificio, sino además hasta impedir, *hasta por la fuerza*, que partidas armadas salidas del territorio del reino ataquen ese mismo territorio pontificio.»

¿Y qué está haciendo en este momento Italia? invadir el territorio pontificio.

A pesar de los 45,000 hombres del señor Ratazzi, y con su auxilio, las partidas atraviesan la frontera por todos lados, excitando á la insurreccion á los pacíficos habitantes de las provincias pontificias.

Espantosa, pero vana táctica: los zuavos y los soldados romanos del Papa derrotan á las partidas en todo encuentro, y los habitantes de las poblaciones romanas, no solamente no se insurreccionan, sino que aclaman á los zuavos vencedores y alzan por sus manos los escudos y armas pontificias, derribadas por las partidas garibaldinas.

Y en Roma, no solo no se ve un motín ni un movimiento, sino que no se vislumbra siquiera la más leve manifestacion. Esto es lo que el *Monitor* francés hace constar cada día, esto es lo que los periódicos más hostiles á la Santa Sede se ven forzados á consignar.

En vano se multiplican las proclamas incendiarias; los romanos no contestan: se pide á Roma una señal, pero la señal no acaba de aparecer.

Han llegado, escribe la *Situacion*, los libertadores; su aproximacion debia ser eléctrica; á su vista el contagio de la libertad debia propagarse como un reguero de pólvora, pero todo ha permanecido en calma, todo fiel y sereno bajo el cetro del sucesor de San Pedro.

¡Espectáculo admirable, que será la honra eterna del pueblo romano y la vergüenza de la Italia revolucionaria, ver á este pequeño pueblo, de tal manera cercado, agitado, provocado, al cual se le mete la insurreccion armada en pueblos y ciudades, y al cual nada le hace quebrantar sus propósitos!

¿Qué capital de Europa resistiria á semejantes provocaciones? Que el gobierno francés deje á la demagogia hacer durante algunos meses en París lo que el gobierno italiano deja hacer contra Roma, y se verá si bastan los 120,000 hombres que están de guarnicion en París para impedir la revolucion.

He aquí con lo que habeis contado en vano; pero aun no está concluido, y vos en este momento preparareis la segunda faz de vuestro *latrocinium*.

Las partidas fugitivas, recogidas en la frontera por los soldados de Víctor Manuel, vuelven á entrar en mayor número. En Narni, en Terni, se les dan armas, se les paga y se les deja de nuevo pasar. Con ellas van *bersaglieris* disfrazados con camisas rojas; oficiales piamonteses las mandan.

Y entretanto, nuestros periódicos vuelven á

hacer esfuerzos desesperados para sublevar á Italia, á las provincias pontificias y á Roma sobre todo.

«En Turín, escribe el corresponsal garibaldino de los *Debates*, la *Gaceta del Pueblo*, ha abierto una suscripcion, y se da 100 francos á cada individuo que va á unirse á las partidas.»

Y luego nos vendreis hablando, mañana mismo si se ofrece, de un irresistible movimiento nacional, y de la necesidad de acudir á socorrer al Padre Santo; volverán las impudentes mentiras de Chambery. Así se engañó una vez á Francia; se confía en que se la volverá á engañar. ¿Qué importa al señor Ratazzi el honor de Francia y de su gobierno? La invasion se verificará, y nosotros veremos si el señor de Lamármora consiente con ser el émulo del extravagante héroe que se ha jactado de haber puesto en dispersion á las *hordas pontificias*, y degüella, como en Castelfidardo, si se resisten á los 3,000 hombres que guardaban las provincias romanas. ¿Hablabas tal vez de ese día *Il Diritto*, que esta misma mañana escribia: «Este será nuestro más bello día de gloria?»

Y, sin embargo, el emperador lo ha declarado, jurado á Francia, á Italia, al Padre Santo, á Europa: cito las palabras textuales:

«El poder temporal no puede destruirse:

»Es preciso que el Papa sea dueño de su casa;

»El príncipe que ha llevado al Padre Santo al Vaticano, quiere que el Jefe Supremo de la Iglesia sea respetado en todos sus derechos de Soberano temporal;

»Francia no lo sacrificará jamás;

»El mantenimiento de la situacion pontificia está inscrito en nuestra bandera;

»Es la condicion esencial de su independencia espiritual;

»El emperador lo ha reconocido ante Dios, y su prudencia, su energía, su lealtad bien conocidas, no harán jamás falta á la religion ni al país;

»Todos nuestros actos, todas nuestras declaraciones están conformes en demostrar nuestra firme y constante voluntad de mantener al Papa en posesion de la parte de sus Estados que la presencia de nuestra bandera le ha conservado;

»¡Abandonar á Roma! ¡Olvidar la política seguida por la Francia hace siglos! Nó, esto no es posible.»

He aquí nuestro deber, he aquí nuestra honra.

Si pues, bajo cualquier pretexto, Italia invade ó hace que se invadan las provincias pontificias, debe inmediatamente partir de París otro despacho Gramont, pero sobre el cual no quepa equívoco de ninguna especie.

Vanas protestas despues de los hechos consumados, hemos visto ya de sobra hasta hoy: no son necesarias, nadie creerá en ellas.

Francia podria levantarse y decir á su gobierno: me habeis engañado.

El cuerpo legislativo podria decir: me habeis engañado.

Y el Papa, y la Iglesia, y las Potencias católicas á su vez, podrian decir: nos habeis engañado.

Sí; si el poder temporal sucumbe, nosotros somos responsables, será el crimen de Italia, pero tambien nuestro. He aquí el grito de la inflexible historia.

Nó, aquí no hay mas que hacer que una cosa: es preciso que el señor Ratazzi sepa que no puede ir á Roma sin pasar por encima de nuestro cuerpo. Si nó, quedaremos deshonorados.

El Papa destronado, el Piamonte en Roma, el Pontificado errante y fugitivo, ó á pesar de las mentiras con que quieren engañarnos, súbdito y prisionero de Víctor Manuel; nuestra ocupacion de diez y ocho años inutilizada; la política secular de la Francia pisoteada, y todas nuestras palabras, todas nuestras declaraciones, todas nuestras promesas, todo lo que hemos dicho tantas veces y tan solemnemente á Francia, á Italia, al Papa, á Europa, despreciado y arrojado al aire, y los más grandes intereses nacionales, sociales y religiosos desdeñados y vendidos; y en fin, las justas maldiciones del mundo católico y la execracion del porvenir sobre una obra semejante y sobre nosotros.

Sí, nosotros creemos no tener aquí, en presencia de tales indignidades, otro derecho, otro deber y otra honra que mirar lo que se hace, y decir, en fin, como Pilatos: «Me lavo las manos.»

¡Ah! Si la Italia fuese capaz de manchar á nuestro país con esta ignominia, lo confieso, me avergonzaria un momento de ser francés.

Y el que piense de otro modo, lo digo en alta voz, no tiene en sus venas sangre francesa.

No hay que admirarse de la emocion de mis palabras.

Aquí se trata, el emperador mismo lo ha proclamado, *de aquello que más estiman los hombres*, de lo más sagrado.

Sépase bien, por otra parte: la conciencia católica es en esto inexorable, y el día en que el Papa fuese derribado, comenzaria en el orbe cristiano, todo entero, una accion de reivindicacion eterna contra la revolucion italiana.

Poco há, con noble franqueza, ha hablado el emperador de *puntos negros* en el horizonte y de reveses pasajeros. Pero en este caso la negrura sería demasiado profunda y el revés no sería pasajero.

Los infortunios del Papa cubririan con una sombra harto fúnebre nuestra estrella.

Nó; la caida del Papa no puede llegar á ser el contrapeso de la caida de Maximiliano. — FÉLIX, Obispo de Orleans.»

SECCION BIOGRÁFICA.

EL ABATE MARCHENA.

(Continuacion.)

«Se lanzaba, como Poliuto, para destrozarnos nuestro altar, é inflamado por un santo celo, y armado con un palo, daba golpes contra la puerta, haciendo un ruido espantoso.

»De este modo procuraba turbar nuestras ceremonias.

»Nosotros, por nuestra parte, le prodigábamos los epítetos de filósofo, despreocupado é incrédulo. Pero lo que hay de singular en todo esto, es que el buen hombre se complacia en sus tribulaciones, y no quiso nunca cambiar de calabozo. A pesar de nuestras malas chanzas, le amábamos y le respetábamos, ¡él lo sabía muy bien! Así es, que le lloramos sinceramente cuando supimos que, envuelto en la conjuracion de Luxemburgo, habia sido asesinado por órden del tribunal.»

El moribundo Marchena no murió, y es preciso creer que *estaba escrito*, pues habiénd-

dose atrevido á desafiar á Robespierre, era muy extraño que éste no hubiese contestado inmediatamente con una sentencia de muerte á tan increíble desafío.

Marchena, al ver abrirse todos los días las puertas de la conserjería para dar paso á las víctimas que, conducidas delante del tribunal revolucionario, pasaban desde allí al cadalso, sin que le llegase su turno, se sorprendió, y luego indignándose de que le tuviesen en tan poco, osó escribir á Robespierre: «Tirano, tú me has olvidado.»

¡El carácter español se halla reasumido en este solo rasgo!

Sábase por la muerte de Andrés Chénier, que en semejantes casos, Robespierre no dejaba que le advirtiesen las cosas dos veces; pero ese día no quiso recordar nada.

¡Las almas crueles tienen á veces caprichos de indiferencia, porque es imposible darles el nombre de generosidad!

Al día siguiente, Marchena, asombrado de no ver entrar al verdugo trayéndole la respuesta de Robespierre, le escribió por segunda vez: «O márame, ó dame de comer.»

Estaba dispuesto á morir, pero no quería morir de hambre.

Estas sublimes insolencias parecerían inverosímiles, si no corroborasen tantos ejemplos la repugnancia que entónces mostraban las almas grandes y fuertes á disputar su vida á los verdugos.

Este desden de la vida, había descendido hasta al mismo pueblo.

Tal vez entró un poco de cálculo en la moderación de Robespierre, pues la pluma acerada de su enemigo podía serle útil algún día, y aun se asegura que hizo proposiciones á Marchena, quien las rechazó con noble entereza. Robespierre conoció que se había equivocado; pero el 8 thermidor no le dejó tiempo para reparar su equivocación.

El conde de Bengnot, que en sus bellas Memorias manifiesta su asombro de que Marchena haya podido salir vivo de la conserjería, habla de él en unos términos que la historia debe recoger y conservar.

«Marchena, dice, que la revolución ha conquistado á la España, tenía cualidades capaces de honrar á cualquiera país que él quiera adoptar por patria.»

El conde Bengnot, que tampoco separa nunca á Marchena de Riouffe, había tenido ocasión de conocer y apreciar al primero en uno de esos banquetes escogidos, en los cuales los presos de la conserjería, amenazados por la cuchilla de la Convención, solían hacer gala

de una admirable sangre fría, juntamente con todas las gracias del talento y el buen decir.

Recobrando su libertad Marchena con la muerte de Robespierre, entró como expedicionario en el Comité de Salud pública, y como redactor en el periódico *El Amigo de las Leyes*.

Tomo lo que concierne á esta época de su vida, de una nota de la traducción española de la Historia de Mr. Thiers.

Miñano, autor de la traducción, vió á Marchena en Madrid en 1821, algunos días ántes de su muerte, y lo que refiere de su juventud, lo supo sin duda de los labios del mismo Marchena, ó de alguno de sus contemporáneos.

Sin embargo, después del 9 thermidor, los vencedores se habían dividido: ¿no es esta la historia eterna de los hombres?

Cuando se hace causa común para vencer los diversos partidos, dejan aparte sus mútuas disidencias; pero después de la victoria se



SANTA ANA Y SAN JOAQUÍN.

aperciben de que estas disidencias encubren un abismo, y el combate vuelve á empezar sobre el mismo campo de batalla de la víspera.

Consultando más bien sus propias convicciones que sus intereses, Marchena se encontró al lado del partido que debía ser el más débil, y en su consecuencia perdió el insignificante empleo que le proporcionaba recursos para vivir.

Había tenido la audacia de escribir contra Tallien, contra Legendre, contra Fréron, y por último, acusado de haber excitado las secciones á sublevarse contra la Convención, se vió proscrito en 1795. Eludió esta sentencia como pudo; pero dos años más tarde, habiendo atacado al Directorio mismo en persona, y sin consideraciones de ningún género, fué perseguido de nuevo, aplicándole la ley publicada el 21 floreal contra los extranjeros. En vano quiso defenderse, diciendo que no podía ser comprendido en esta ley, supuesto

que era ciudadano francés: no le escucharon, y fué conducido de destacamento en destacamento hasta las fronteras de Suiza. ¡El infeliz casi nunca había viajado de otra manera en aquella Francia, adonde había ido á buscar la libertad!

En las orillas del lago de Ginebra, en vez de acordarse de Rousseau y de la Nueva Helo-
via, que él tradujo más tarde al español, se acordó de Madame Stael, á quien había conocido en Francia; pero la hija de Mr. Necker, que no perdonaba á la revolución el haber dejado sin empleo las grandes facultades de su padre, no estaba dispuesta á permitir que se aumentase su corte con otro descontento, y le recibió friamente.

Perdida la esperanza por este lado, Marchena dirigió una atrevida reclamación al Consejo de los Quinientos, y obtuvo que, reconocida su cualidad de francés, le permitiesen volver á Francia. Obtuvo más: obtuvo que, como compensación del atropello sufrido, le diesen un empleo en la administración del ejército del Rin.

Otro cualquiera en su lugar se hubiera enriquecido, y se sabe de otros muchos que no desperdiciaron la ocasión; pero el honrado español se creyó suficientemente recompensado con la gloria de conocer á Moreau, quien al volver á tomar el mando de su ejército, se lo llevó consigo en calidad de secretario.

Moreau no dejaba á los que manejaban la pluma en su estado mayor mucho tiempo para cultivar las letras, pero siempre lo encuentran

los que consagran á las musas un culto sincero y apasionado. Marchena probó esta verdad en una ocasión muy notable, demostrando al mismo tiempo su singular presencia de espíritu y sus profundos conocimientos en los idiomas antiguos.

Había compuesto en francés una canción muy libre, á la cual dió publicidad.

Moreau lo supo, y se enojó: ¡los demás generales de la República no tenían en aquella época los mismos escrúpulos!

Moreau hizo comparecer á su secretario, y le dirigió una fuerte reprimenda. Este, por excusarse, alegó que no había hecho más que traducir un pasaje de Petronio, copiado de un viejo manuscrito, que había encontrado en el Monasterio de San Gall, y dos días después presentó el texto, que suponía ser el original.

Nada tenía de extraño que Moreau se dejase engañar, pues el fragmento estaba escrito en un latín muy castizo y muy hermoso, y llenaba perfectamente una de las lagunas del

Satyricon. El austero general, dado caso de que sospechase la impostura, debió sentirse halagado de tener por secretario á un humanista tan sábio, y le perdonó de buen grado; pero otros más competentes que él en la materia, y sin ningún motivo que pudiese inducirles á la indulgencia, participaron de su mismo engaño.

El fragmento fué publicado, y examinado por los literatos de la época, que no hicieron sobre él más objeciones que las que hicieron los literatos del siglo XVII, sobre otras partes de la misma obra, descubiertas en 1663.

Hasta la Alemania se equivocó, y uno de sus más grandes críticos proclamó, con tono solemne y absoluto en un periódico, la autenticidad del fragmento,

La prudencia hubiera exigido que Marchena se hubiese contentado con salir bien del conflicto; pero Marchena, halagado por su triunfo, creyó que sabría contrahacer á Catulo con el brillante éxito con que había imitado á Petronio. Esto era tenderse un lazo á sí mismo; imitar á Petronio ó á cualquiera otro, estaba en los límites de lo posible; bastaba poseer bien su latín y mezclar un poco de ingenio á su erudición; pero encontrar después de dos mil años la gracia exquisita, la delicadeza festiva, la blandura jónica de Catulo, rayaba en lo imposible, y era querer perderse el intentarlo siquiera. Y luego, ¡nada ménos que cuarenta versos de Catulo! El más largo de sus poemas, *Las bodas de Tetis y de Peleo*, no consta mas que de trescientos, y el resto de su pequeño volumen se compone de composiciones cortas, verdaderas obras maestras, en las cuales la misma brevedad añade un nuevo encanto á su mérito, pues se siente llegar tan pronto al fin de lo que tanto nos embelesa.

Marchena se denunciaba él mismo á la crítica, que estaba alerta, sobre todo en la Alemania. Un docto profesor de Jena, advertido por la imprudencia del aturdido español, examinó el papel que se decía haberse traído de Herculano, y no tuvo ninguna dificultad en descubrir el fraude. Elevóse entonces un grito de indignación universal, y fué preciso que el pobre Leopardi dejase pasar treinta años para hacer otro ensayo publicando la oda á Neptuno, que engañó á todo el mundo: es verdad que en el griego, las supercherías de este género serán siempre, y por muchas causas, más difíciles de conocer.

Sea como se quiera, por esta doble burla, á pesar de la desigualdad de las dos tentativas, Marchena conquistó la fama de sábio latinista.

¡No era esta, sin embargo, la gloria que había ido á buscar á Francia!

Esta facilidad de aprender á escribir en una lengua extranjera, fué sometida á una prueba más decisiva é importante. Moreau tuvo necesidad de poseer la estadística de una parte muy poco conocida de Alemania, y aunque Marchena ignoraba el alemán, le pareció que lo aprendería muy fácilmente. En efecto, púsose á estudiar, y en poco tiempo se perfeccionó de tal modo, que pudo leer y comprender los mejores libros escritos en dicha lengua, sobre las materias de que debía tratar. Moreau tuvo su memoria, de la cual se mostró muy satisfecho, pero entretanto fué relevado de su cargo, y Marchena le siguió, participando de su desgracia.

Acordóse Murat de la nobleza de su conducta, cuando en 1808 Napoleon le envió á España, pues necesitaba un secretario que conociese el país y hablase su idioma.



SANTA CRISTINA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Por su parte Marchena, que no había respirado el aire de su patria desde el día en que la abandonó, siendo tan joven, aceptó con sumo reconocimiento un empleo que le proporcionaba los medios de volver á ella.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

LA GRAN VERDAD FÍSICA.

¡¡DIOS!!

Si recorremos ante nuestros ojos los anales de la historia; si examinamos las Teogonías de los pueblos antiguos, á pesar de su ignorancia, de su barbarie y de aquella corteza salvaje que cubría la mayor parte de las naciones incultas, en todas ellas se encontraba como fundamento de sus creencias religiosas la existencia de un sér superior á todos ellos, y al que prestaban la adoración más sumisa y obediente.

La falta completa de civilización, sus salvajes costumbres y su extraordinaria ignorancia, les hacía prestar veneración y considerar como Dios á cuantos seres les prestaban su benéfica influencia, y de aquí que adorasen al sol, á la luna y á las plantas. Sin embargo, ninguno llegó á negar esa dependencia de ese Sér superior á su inteligencia, reconocieronle en medio de su ignorancia, y solo la falta de civilización y el completo olvido de las tradiciones diversas pudo hacerles caer en el funesto abismo de la idolatría.

Triste y doloroso es, sin embargo, que lo que no ha sucedido entre las salvajes hordas de la antigua Europa, ni entre los hasta hace poco ignotos pueblos del Nuevo Mundo, entre aquellos hombres que eran solo guiados por los instintos naturales, suceda hoy, en pleno siglo diez y nueve, cuando el esplendor de las ciencias y desarrollo del entendimiento humano han despejado por completo las vaporosas

sombras de la ignorancia; cuando la resplandeciente antorcha del Evangelio ha sustituido á la eterna noche del paganismo, sin que haya quedado rincón en el mundo donde no hayan alcanzado sus esplendores rayos; cuando el cristianismo, marchando al frente de la verdadera civilización, ha guiado al genio en sus estudios, ha dado la verdadera dirección á las ideas, ha sustituido las creencias idólatras de una doctrina conservadora y social, y derramando por doquiera los benditos gérmenes de la civilización más venturosa, fundada en la caridad, ha demostrado al hombre, con pruebas irrecu-

sables, la existencia de un Dios infinito, Rey inmortal de los siglos y Soberano Señor de los cielos y la tierra.

Pues á pesar de tantos y tan poderosos testimonios, en medio de ese mundo ilustrado é iluminado por los vivificantes rayos de la fé, han salido voces sacrílegas é impías, que han exclamado con el mayor cinismo: *Dios no existe*.

Investiguemos la causa de tan horrible blasfemia, y la hallaremos en los primeros efectos de las doctrinas modernas. Mucho tiempo ha transcurrido desde que los llamados sabios del siglo y modernos regeneradores de la sociedad, llena su imaginación de mentidas ilusiones y fantásticas quimeras, han querido lanzar fuera de sí la idea de la existencia de un Dios, que han considerado como una carga demasiado pesada para sus hombros. Acostumbrados á dar crédito sino á verdades demostradas por el cálculo y por los números, han rechazado cuanto han creído superior á

sus limitadas inteligencias, han puesto su razón sobre la fé, y de aquí que hayan negado la existencia de Dios.

Olvidadas ó rechazadas las dulces y consoladoras creencias de sus mayores; alejado mucho tiempo su pensamiento de ese Sér infinito; no acostumbrados á conversar con él por medio de ese grandioso comercio de plegarias por parte del hombre y de beneficios por parte de Dios; orgullecidos con su mentidaciencia, se han creído bastante á sí mismos, y conociendo que nunca serian enteramente libres si conservaban la dependencia de un Sér superior é invisible, se han entregado en brazos de la incredulidad y el ateísmo.

Pero vano é ilusorio pensamiento. Si esos hombres se despojasen por un momento de esos mentidos fantasmas que los ciegan y seducen, reflexionasen que el hombre no ha sido criado para el infortunio, porque entónces no sería la obra de la naturaleza, ni del Dios de la naturaleza, sino de un genio maléfico, lo cual es imposible.

Si considerase que el hombre ha sido criado para el bien, para que pudiera disfrutar de los goces apacibles del alma y la más completa tranquilidad de su espíritu, y que esta misma alma, viva imagen de su Criador, estaba destinada á vivir en la más perfecta armonía con el resto de la creacion, comprenderian desde luego que si ese Dios no existiese, que si nosotros no fuésemos obra suya, léjos de haber sido criados para participar de tan excellos bienes, lo hubiéramos sido tan solo para el dolor y el infortunio.

Como tribunos del error y panegiristas de la impiedad, han sentado como principio fundamental de sus doctrinas, que todos somos iguales en la naturaleza, y que no existiendo inteligencia alguna que pueda considerarse superior á los demás, cualquiera puede considerarse como rey. Sentado este funesto principio, establecida esa igualdad, no es posible que el hombre rodeado de calamidades y miserias, ame y considere al que rodean por todas partes las comodidades y la opulencia; no es posible que el enfermo permanezca tranquilo viendo á otros gozar de la salud más completa, ni al ignorante escuchando los elogios tributados al talento. Léjos de reinar entre nosotros el bien y la tranquilidad, no se veria otra cosa que los estragos de la envidia, los tormentos del odio, los perniciosos efectos de la desesperacion más inaudita. No reconociéndose principio alguno como poder superior á la humanidad, formando en el *acaso* el origen de la creacion, la sociedad marcharia de un abismo á otro abismo, sin encontrar jamás la dicha que habia soñado en su extravío.

Preguntad á todos esos cuyos nombres se han escrito en letras de oro; á todos aquellos

que rodeados de bienes, de honores y de distinciones, han apurado hasta las heces la copa encenagadora del deleite; preguntadles si han llegado á encontrar al fin la verdadera felicidad. Preguntad al libertino al salir de sus inmundas bacanales y estrepitosas orgías; preguntad al avaro, despues de reunidos los tesoros que soñara en su delirio; preguntadles si se encuentra satisfecho su corazón, y os dirán que pasado aquel momento instantáneo que ellos quisieron llamar su dicha, han vuelto á encontrar un inmenso vacío en su corazón, que en vano han querido llenar con nuevos extravíos, y un desengaño tras otro ha sido siempre el doloroso resultado de sus más queridas ilusiones.

Pero cuando en vez de esas fantásticas quimeras, de esos ilusorios pensamientos, el hombre sobrepone la fé á la razón, cree en una eterna Providencia, y desgarrando con serena mano esa página horrible en la que el impío ha escrito que *no hay Dios*, se entrega á la contemplacion de las doctrinas santas, á esas fuentes de viva luz, que desprendiéndose de las cumbres del Gólgota, han llenado toda la tierra de sus célicos resplandores; cuando ese Sér infinito é indestructible se presenta ante nosotros asegurándonos que le es querido cuanto salió de sus omnipotentes manos; cuando le vemos ofreciéndonos á cada paso los inagotables tesoros de su misericordia, entónces la mentira huye cual sombra vaporosa ante los resplandores de la verdad, la esperanza circula por nosotros como un bálsamo consolador y benéfico, la alegría embriaga nuestro corazón, el espíritu se eleva sobre las cosas terrenales, y nuestras almas exclaman llenas del más grandioso entusiasmo: *Dios existe, y todo existe en Él y por Él; Él crea la accion, el pensamiento, y solo en Él se encuentra el goce, la paz y la ventura.*

Disipadas las vaporosas sombras del error, se comprende la grandeza de ese Dios, que todo lo contiene, sin ser contenido en parte alguna. La creacion entera, con todas sus maravillas, no es otra cosa que un átomo insignificante comparados con su Autor. Delante de Él, como ha dicho Fenelon, la criatura desaparece sin dejar rastro alguno de su mentira. Dios es la gran verdad física, enunciada sin énfasis. Dios es todo, lo produce todo, lo contiene todo, obra en todo y por todo. A cada instante da el sér á todo lo que lo recibe; es el primer motor de toda accion, la vida de cada pensamiento. El tiempo y el espacio no son más que modos en Él, relaciones que coexisten comperfectibles. El fin excede á todo, Dios está en nosotros y más cerca de nosotros que nosotros mismos.

Todas las verdades científicas nos prueban la existencia de este Dios como la gran causa

eterna y poderosa y primera verdad de todas ellas. La casualidad no podia ser de modo alguno el origen de la armonía universal, así como la mentira no puede ocupar jamás el lugar de la razón. Si así sucediese, el pirronismo extenderia su imperio sobre la tierra. No es posible que no existan causas finales ni una idea primitiva. Esta idea es Dios, el armonioso orden de la naturaleza nos da las pruebas más convincentes, y ante sus leyes, sus fenómenos, sus causas y sus efectos, el hombre doblega su frente, conoce y cree en la grandeza infinita del Criador, y lleno su corazón del más grandioso entusiasmo, confiesa que Dios es necesario al mundo como primera causa, como primer motor, y que todo cuanto existe le debe su existencia.

JOSÉ RIBAS PEREZ.

SECCION RECREATIVA.

LAS ÁNIMAS

POR

DON CÁRLOS FRONTAURA.

(Continuacion.)

La concurrencia era aquella noche en la posada de lo más escogido y muy numerosa, y Juan y Andrés fueron recibidos con ese entusiasmo y ese respeto que inspira siempre el que se presenta con el prestigio del valor ó de la virtud, ó de alguna gran cualidad de esas que no todos tienen en el mundo. Allí habia algun que otro trajinante, que aun llevaba en el cinto un par de onzas para gastárselas con los dos valientes, y Juan y Andrés tuvieron que aceptar poco menos que á la fuerza una espléndida cena, que les ofrecieron aquellas buenas gentes con la mejor buena voluntad, y que con mejor voluntad todavía confeccionó la posadera,—que era una mujerona fuerte como un castillo, aunque, segun malas lenguas, no era su fuerte la fortaleza, y que aun conservaba su alma en su almarío, y se alegraba y se entusiasmaba con solo ver un soldado, como le sucedia en los buenos tiempos de su juventud, ántes, por supuesto, de casarse con su marido, que ni habia sido soldado, ni en sus dias las habia visto más gordas que su mujer, que lo era de tomo y lomo,—y cuya cena consistia en un barreño de arroz con tropezones de jamon, dos á manera de conejos guisados, con mucha pimienta y clavo, cual convenia á gente de pelo en pecho, que en su vida habia tenido tos ni alifafe de ningun género, una docena de truchas, pescadas por el posadero, que para pescar se pintaba solo, y unos cuantos cuartillos de lo tinto, que contribuyeron poderosamente á animar á la reunion.

Y despues de cenar, no faltó quien, tomando la guitarra, entonase alguna de nuestras canciones populares, tan ingeniosas y filosóficas, y la posadera, y la moza de la posada, y otras tres mozas que á Madrid se dirigian, encargadas al ordinario del pueblo, y sin licencia del ordinario, deseosas de encontrar en la corte colocacion conforme con sus méritos y buenas prendas físicas y morales, bailaron tambien, luciendo el donaire que Dios les habia dado, y haciendo mayor la expansion y alegría que reinaban bajo el ahumado techo de la posada.

Andrés era el único que, sombrío y alelado, miraba como un idiota aquellos rostros alegres y aquellas graciosas posturas, y oia indiferente aquellas canciones, y aquellos *di-chos* y aquellos sonidos melancólicos que una mano experta sacaba de las cuerdas de la guitarra.

A las doce de la noche, el posadero, que era un hombre de orden, aunque posadero, y que no queria ruidos en su casa, y que siendo animal de costumbre, tenia la de dormirse siempre á la misma hora, dió punto á la fiesta, y mandó á cada mochuelo á su olivo, siendo así que el único mochuelo que allí habia era él mismo, y cogiendo por un brazo á la posadera, se la llevó en uso de su derecho, encerrando tambien á las tres mozas en una que él llamaba habitacion, y no era otra cosa que el depósito de la paja que tenia para su gasto.

IX.

Y media hora despues, el mayor silencio reinaba en la posada, y huéspedes y posaderos dormian el sueño, si no de los justos, de los cansados; dormian todos, ménos Andrés, que no podia dormir.

Hablábale el demonio, y este enemigo del hombre sabe hacerse oír, y desvela á los que quiere perder, ó mejor dicho, ganar para el infierno.

Otra vez volvian á bullir en el cerebro de Andrés los más ruines pensamientos.

—Ya estamos cerca de nuestro pueblo, se decia; mañana abrazará Juan á Teresa, y pasado mañana dispondrán la boda, y yo me moriré de rabia y desesperacion. ... Todos duermen.... Si yo me atreviera.... y como somos muchos, tal vez sospecharian de otro.... nó, nó, que si despertara alguno, si Juan diera un grito me matarian....

Abismado en sus reflexiones, que ya sabe el lector que no eran nada buenas, quedó algunos momentos, y de pronto, como si hubiera tomado una resolucion, se incorporó, limpióse el sudor que le bañaba el rostro, y de puntillas, procurando no hacer ruido, y guiado por la trémula luz de un candil que colga-

do habia dejado el posadero de un garfio en el techo, se acercó á una ventana que daba al camino, y que como la noche era en extremo apacible, y cerrada la ventana hubieran podido muy bien amanecer asfixiadas las personas que dormian en aquel estrecho tugurio, habia quedado solamente entornada, la abrió, miró al camino, y despues de dudar algunos momentos, saltó por ella y echó á andar.

Andrés era muy cobarde; la noche, y mucho más despues de las apariciones de la anterior, le infundia extraordinario pavor; pero el demonio, que acababa de inspirarle otro mal pensamiento, le daba en aquellos momentos valor para arriesgarse á recorrer de noche el camino.

—Llegaré antes que él, decia, veré á Teresa, y le diré que Juan ha muerto, nó.... que Juan la ha olvidado, que Juan no va, y se volverá loca, ó se morirá de pena, que tanto y más es lo que le quiere.... Y si nó, le diré que Juan me envia á buscarla, que quiere verla antes que nadie, y ella, es claro, se vendrá conmigo, y entónces.... Corramos....

Y volviendo instintivamente la cabeza, vió que le seguia aquella misma sombra de la noche anterior, y llegó á su oído, como el sonido de un eco lejano, esta frase: «¡Hijo mio!» pero triste, dolorosa y angustiosa.

Andrés se detuvo, y la sombra siguió avanzando.... y entónces Andrés corrió, voló, por aquel camino, huyendo de aquel aterrador fantasma, que le seguia corriendo, volando como él.

Ya no podia más; rendido de fatiga, empapado en sudor, llegóse á beber á un arroyo, y al ir á coger el agua en la gorra, retrocedió espantado al ver en el agua la misma sombra, y al oír otra vez aquel desconsolador «¡Hijo mio!»

Volvió á correr, volvió á volar loco y desesperado, y la sombra siempre tras él.

Ya no le era posible luchar con la fatiga, y cayó sobre una piedra en un estado que hubiera dado compasion al hombre más empedernido.

A su lado, en otra piedra, estaba el fantasma, y de cuando en cuando, con doloroso acento, le decia:—«¡Hijo mio!»

(Se continuará.)

SECCION POÉTICA.

A LA CRUZ DEL REY DON SANCHE.

Triste, sola y abatida,
de los siglos maltratada,
yace en olvido sumida
la que por una real vida
fué en aquel sitio enclavada.

Allí sobre monte erguido,
hacia el norte de Zamora,

como á un kilómetro huido,
Sancho muerto por Vellido
rudo monumento llora.

Una cruz desvencijada
por la injuria de los años,
de tosca piedra labrada,
revela al hombre la nada
de su miseria y engaños.

Revela que la memoria
por más noble y distinguida,
languidece hasta en la historia,
sin ofrecernos más gloria
que una mirada perdida.

Mirada que causa pena
y en otro caso placer;
pero que el alma no llena,
porque le falta á la escena
la existencia de su sér.

De su sér, que ya pasó
como la fragante rosa
que el ábrego marchitó,
y el recuerdo nos dejó
de una ilusion vaporosa.

¡Recuerdo! ¡bajo esa cruz
grande le teneis por cierto
tan claro como la luz:
ella muestra el ataud
del Rey Don Sancho allí muerto.

(Recuerdo de indignacion
y de respeto cristiano,
que en sentida devocion
muchos tiempos la atencion
llamó al pueblo castellano.)

De aquel hombre que á despecho,
y ambicioso en gloria vana,
sin consultar el derecho
abrigó en su ardiente pecho
una esperanza liviana.

Del que con triste mensaje
á Doña Urraca oprimió,
porque rindiera homenaje,
sumision y vasallaje,
lo que nunca permitió.

Del que á los demás hermanos
redujo á la humillacion
por medios harto inhumanos,
sin más que los soberanos
caprichos de su ambicion.

Del que puso en cruel apuro
á los bravos zamoranos,
estrechando el cerco duro
para triunfar más seguro,
con el terror ó las manos.

¡Desdichado! no creia
que bajo su orgullo inquieto,
brazo fuerte existiria,
y quizás se vengaria
con el puñal en secreto.

¡Porque no oyó las razones
que sobre elevada almena,
un noble, á grandes pulmones,
y en criticas ocasiones
le dijo con faz serena?

¡Porque la verdad segura
del Cid despreció injurioso,
y del traidor la fé impura
con blanda risa y dulzura
acarició bondadoso?

Esa fué su perdicion
y fué su yerro mortal;
cuando ciega la pasion

pocas veces la razón
deja comprender el mal.

Victima de adversa suerte
y orgulloso en vencimiento
(según la crónica advierte),
sufrió este rey cruda muerte
cerca de su campamento.

Por la espalda atravesado
de un ingrato mal nacido,
con el venablo dorado
que don Sancho había dejado
por un momento.... en descuido.

Vellido Dolfos traidor,
así le mató inhumano;
nunca recibe el Señor
el trabajo y el honor
que se prodiga al villano.

¡Infeliz! todas tus glorias
se nublaron este día;
tus laureles y victorias,
y las dichas transitorias,
con la tremenda agonía.

Sobre este rey valeroso
negra fortuna echó el velo:
no hay en la tierra coloso
ni humano ser orgulloso
á quien no confunda el cielo.

Tú calumniaste al honrado
Don Rodrigo de Vivar,
con un delito afeado;
y así te castigó el hado
por ser injusto en juzgar.

Si los siglos trascurridos
en duda ponen la historia,
esa cruz santa gemidos,
y suspiros condolidos
arranca de la memoria.

Y aunque pálido reflejo
en piedra dura nos deja,
contemplada es fiel espejo
que así al joven como al viejo,
lecciones da y aconseja.

Triste, misteriosa, oscura,

de todos casi olvidada,
cual inmóvil sepultada
duermes en desierta altura
representando la nada.

Tú, que en otro tiempo diste
veneración á Zamora,
y régio luto ofreciste,
no dudes, que también fuiste
del castellano señora.

Que todos te respetaron
sintiendo la adversa suerte
que de corazón lloraron;
y al rey preces tributaron
viendo en tí su propia muerte.

Y pues recuerda su tumba
ese grande monumento
ante el cual el viento zumba,
no permitais que sucumba
de la cruz hasta el cimiento.

Nó, zamoranos, por Dios,
esas glorias conservad
que envidiaron más de dos;
ya que no lo hagais por vos,
hacedlo por la ciudad.

El Arcediano de Zamora, 10 de Setiembre
de 1867.—Cleto de Ochoa,

MISCELÁNEA.

La archicofradía de la Visita diaria al Santísimo Sacramento y sagrados Corazones de Jesús y María, establecida en la parroquia de San Luis, dará principio el día 28 del corriente á una devota novena en sufragio de las benditas almas del purgatorio.

Todas las tardes, al anochecer, se rezará la estación y rosario, y después de las meditaciones seguirá el sermón, de que está encargado el misionero padre Tiburcio Arribas, concluyendo los ejercicios con una deprecación, el salmo *De profundis* y responsos cantados.

El día de difuntos habrá oficio solemne por la mañana.

He aquí la religiosa y sentida circular que ha publicado el Sr. Obispo de Sigüenza:

Rogativas públicas y generales por las angustias del Ro-

mano Pontífice, y limosnas para sus necesidades apremiantes.

CIRCULAR NÚM. 206.

Los juicios de Dios son impenetrables, y además de temerario sería en vano el investigar sus designios sobre la infortunada Italia. Tampoco sabemos, aunque con otro género de ignorancia, los secretos de la diplomacia, y lo que en estas horas supremas meditan, combinan y resuelven los Reyes y sus consejos. Pero nos consta sobradamente la horrible persecución que sufre la Iglesia; observamos con harto dolor que el inmortal Pío IX está á punto de apurar el cáliz de su prolongada amargura, y que la Europa entera se conmueve en sus cimientos. Pues bien: todo nos obliga en este caso á orar humildemente, y á compartir otra vez nuestra pobreza cada día mayor, es verdad, con el Padre más amoroso. A este fin mandamos que al recibo de la presente, y en la forma acostumbrada, se celebren rogativas públicas por tres días en todas las iglesias parroquiales y de comunidades religiosas, con exposición de la Sagrada Eucaristía en el Santo Sacrificio de la Misa.

Exhortamos asimismo con la más tierna vehemencia á todos los fieles, y señaladamente á los presidentes de las décadas establecidas, á contribuir con sus limosnas y recaudadas con santa emulación.

Sigüenza, de nuestro palacio á 21 de Octubre de 1867.—El Obispo.

Leemos en *El Amigo del Clero*:

«Se nos asegura que el señor marqués de Roncalli, entendido y dignísimo ministro de Gracia y Justicia, se ocupa asiduamente, en unión del Sr. Nuncio de Su Santidad, de la redacción de varias disposiciones legales dirigidas á llevar á pura y debida ejecución el Concordato de 1851 y el Convenio de 1859.

También nos aseguran que tiene acordado presentar á la aprobación de S. M. medidas importantes muy favorables á la Iglesia y al Estado, en las que se resolverán dudas suscitadas hace años y que requieren una solución razonable.»

Ya se está dando al clero de Badajoz la mensualidad última corriente.

El día 23, según dice *La Esperanza*, ocurrió en la parroquia de San Andrés una sensible desgracia. Estando el teniente mayor, sacerdote respetable, en el despacho á que por su destino asistía todas las mañanas, quedó muerto de repente, sin que antes se le hubiera observado la más leve indisposición.

Ha llegado á esta corte el Ilmo. Sr. D. Fr. Rosendo Salvado, Obispo de Puerto-Vitoria. Ha venido á evacuar varios negocios correspondientes á su diócesis, y habita en compañía de un hermano suyo, sacerdote.

PUBLICACION DE EXTRAORDINARIO LUJO.

MARÍA MAGDALENA.

NOVELA BÍBLICA ORIGINAL

POR

ANTONIO DE PADUA.

CON UN PRÓLOGO

DEL

ILMO. SR. DR. D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.

BASES DE LA PUBLICACION.

María Magdalena se publicará por entregas de 8 grandes páginas, de papel superior. A cada cuatro entregas acompañará una lámina magnífica.

Cada entrega costará medio real en toda España.

Los suscritores de provincias han de pagar adelantado el importe de doce entregas, remitiendo doce sellos de correos de los de 50 milésimas de escudo, ó letra del Giro mútuo.

UNICO PUNTO DE SUSCRICION.

Administración de *El Cascabel*, Hileras, 4, Madrid.

En provincias todos los correspondientes de esta empresa.

La primera entrega próximamente.

EL MUSEO CATÓLICO,

PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO-PONTÍFICE

Sale á luz en los días 8, 16, 23 y último de cada mes.

Constará cada número de un pliego en folio, que compone ocho páginas á tres columnas, ilustradas con magníficos grabados, representando vistas, monumentos, retratos, episodios históricos, atributos, solemnidades religiosas, y todo, en fin, cuanto tenga relacion con el culto católico.

PRECIOS.

	Trimestre.	Semestre.	Año.
EN MADRID. 4 reales al mes.			
PROVINCIAS. { Directamente á la Administración. 14	14	26	50
{ Por medio de los comisionados..... 13	13	29	56
EUROPA..... { Giro directo, francos..... 3	3	9,50	17,50
{ Por comisionado, id..... 3,50	3,50	10,50	20
ANTILLAS... { Directamente, ps. fs..... "	"	2	4
{ Por comisionado, id..... "	"	2,12	5
AMÉRICA Y OCEANÍA. { Por giro, ps. fs..... "	"	"	6
{ Por correspondientes, id..... "	"	"	7

Administración, Hileras, 4, bajo.

MADRID. 1867.—Imp. de D. C. Frontaura, Hileras, 4, bajo.